04

PUBLICACIÓN MENSUAL

ALERTAS SD

MAYO DE 2021



CONTENIDO

- EDITORIAL SD
  Graciela C. Römer
- LA DEMOCRACIA EN SU LABERINTO POSPANDEMIA
  J. Alberto Aguilar Iñárritu
- LA GOBERNANZA GLOBAL EN TIEMPOS DE PANDEMIA
  Roberto García Moritán
- LAS PANDEMIAS Y EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA
  Edgardo Buscaglia
- DEMOCRACIAS EN LA ENCRUCIJADA
  Fabián Bosoer
- EMERGENCIA EDUCATIVA MUNDIAL
  Marcela Jiménez Avendaño

ENCUÉNTRANOS EN REDES SOCIALES

savedemocracyal.org

EDITORIAL

GRACIELA C. RÖMER

América Latina es, sin lugar a dudas y más allá de algunas excepcionalidades y de los avances que se produjeron en los años ochenta durante la llamada tercera ola democrática, un territorio que da cuenta de un crónico déficit democrático.

Su historial plagado de recurrentes golpes de Estado, gobiernos autoritarios, prácticas clientelares y nepotismo —aun en gobiernos surgidos de elecciones libres y en muchos casos "transparentes"—, junto a un bajo compromiso con el cumplimiento de la ley y fenómenos de corrupción sin condenas asociados a bolsones de impunidad y a una justicia, en muchos casos, carente de independencia frente a los factores de poder, ha contribuido a limitar el fortalecimiento de su entramado institucional y la plena vigencia del Estado de derecho mermando la posibilidad de un desarrollo económico y social sustentable que permita salir de la pobreza y la exclusión a gran parte de su población.

La pandemia por coronavirus iniciada a finales de 2019 y que aún azota al mundo sin que exista certidumbre sobre su derrotero ha producido en la región una profundización del deterioro en las esferas individuales, sociales y productivas.

En este marco, también la democracia ha sido impactada. La crisis de confianza en las dirigencias políticas en regímenes democráticos se ha disparado. Meses de cuarentenas obligadas, restricciones al acceso a los establecimientos educativos y el temor creciente por las limitaciones que impone la dificultad para hacerse de las vacunas están creando niveles crecientes de fatiga, temor, intemperancia y violencia en la población.

Al mismo tiempo, la corrupción ha comenzado a tener protagonismo entre los principales problemas que señalan los entrevistados en las encuestas de opinión de varios países de la región. Esta es una novedad que sin duda puede ser altamente favorable en la tarea de encontrar caminos para fortalecer las democracias y revertir la creciente desafección ciudadana y el crecimiento de las simpatías hacia los regímenes populistas.

La corrupción comienza a instalarse en el ciudadano medio, como un síntoma de injusticia social e inequidad distributiva. El "roban pero hacen", como justificación de prácticas corruptas generalizadas tan común en la praxis política y también en la cultura popular, va perdiendo validez frente a la existencia de una pobreza estructural que no da señales de ser revertida y que atraviesa intergeneracionalmente a las sociedades de AL.

Argentina, como varios otros países, ha sido ejemplo del impacto casi inmediato que los "vacunagates" han tenido sobre la imagen de sus dirigentes, al poner al desnudo de manera brutal y directa la existencia de privilegios de una casta que emblematiza la discrecionalidad en el uso del Estado en detrimento de las normas y el principio del bien común.

Los gobiernos enfrentan un creciente malestar público, estimulado por la virtualidad participativa de las redes sociales que actúan como canalizadoras del descontento y como potenciadoras del activismo y la violencia social.

Los ciudadanos pierden esperanza sobre el futuro, y las promesas de restauración de un pasado idealizado encarnado en líderes fuertes que minimizan los valores libertarios y republicanos se abren camino con facilidad.

Como destacaba hace ya 17 años el PNUD en su informe La Democracia en América Latina (2004): "La persistencia y la extensión de la corrupción en el ejercicio de la función pública encuentran un terreno fértil cuando los ciudadanos se resignan a ella o contribuyen a practicarla".



LA DEMOCRACIA EN SU LABERINTO POSPANDEMIA

J. ALBERTO AGUILAR IÑÁRRITU

Si hablamos de democracia, justo es reconocer que ya traíamos problemas cuando apareció la pandemia, tan innegable como que estos tenderán a agravarse o a solucionarse, en función de lo que hagamos al respecto.

Cierto que los devastadores efectos del Covid-19 han hecho ver peor a su némesis, el populismo, que a la versión de democracia sesgadamente electorera que predomina en la mayor parte de los países así asumidos, particularmente en América Latina y el Caribe; no obstante, hay que reconocer que en esa parcialidad radica el origen de sus problemas.

Las democracias electoreras son parciales y por tanto incompletas porque enfatizan sus reglas de acceso al poder, pero se ocupan poco o nada de activar las reglas que garanticen el ejercicio democrático del mismo. Sus actores políticos cuentan con poderosos incentivos para llegar, pero no tanto para cumplir.

En ellas los partidos políticos se olvidan de su función educativa y de inclusión social, dejan de ser medios para convertirse en fines. Los ciudadanos ejercen su derecho a elegir, pero carecen de instrumentos eficaces para garantizar el cumplimiento del contrato electoral. Son democracias que, en general, garantizan la certeza del voto, pero desde luego no se ocupan de consolidar el empoderamiento ciudadano.

El retiro del Estado en favor de la preeminencia del mercado achicó el espacio de lo público y, con él, los grados de libertad del ciudadano. Al contrario de las promesas del liberalismo economicista, que promovió esa abdicación pública, se prohijó la más amplia oligopolización de la sociedad hasta entonces vista.

Su efecto más evidente es la descomunal desigualdad en el ingreso que se padece, pero hay otro no menos grave: el franco debilitamiento del interés general como rector de la vida pública, es decir, la exclusión cada vez más acentuada de la mayoría ciudadana en la toma de decisiones y en el control de las acciones.

Sabemos que la entropía de cualquier sistema social se define por el equilibrio que guarde la relación inclusión-exclusión entre sus actores, una cuestión que en materia de democracia es especialmente crítica porque su promesa principal o raison d'être es la inclusión, como marco para la conciliación de las diferencias. Las mayorías gobiernan, las minorías controlan.

Si bien la fortaleza de todo sistema sociopolítico depende de la vigencia de su mito fundante, la democracia es particularmente sensible a la aprobación generalizada del mismo.

Cuando los excesos oligopólicos del neoliberalismo colonizaron la toma de decisiones del Estado, cesó la eficacia de las mediaciones en el ejercicio del poder, cuestión que, aunada al sesgo electorero de las democracias incompletas, cerró el circuito de la exclusión y avivó el desencanto social. Las democracias enfermaron, les comenzó a faltar el oxígeno social, su reproducción anaeróbica generó tumores populistas y amenaza de metástasis. Vista como quimioterapia, la pospandemia puede ser el principio del comienzo o el comienzo del fin.

Las democracias en la pospandemia están obligadas a rectificar para afrontar sus enormes retos por delante. Las propuestas neoliberal y populista han fracasado por igual, resultan incapaces de unir en la diversidad a la sociedad para salir de la crisis. Ha llegado el momento de renovar la capacidad incluyente de la democracia con una propuesta de igualdad social verde, libertaria y republicana. Es la hora de la renovación institucional, es la hora de erigir un nuevo pacto demócrata social.

¿QUIÉNES SOMOS?

SAVE DEMOCRACY es una organización hemisférica, civil, no gubernamental, no partidista, altamente especializada y sin fines de lucro, integrada por un grupo de profesionales en el campo del estudio y diagnóstico de los procesos democráticos cuyo objetivo es el de fortalecer, proteger y defender la democracia en América Latina y el Caribe.

SAVE DEMOCRACY surge como iniciativa de un grupo de especialistas en diversas áreas relacionadas con la democracia que, en marzo de 2019, se reunieron para participar en el Congreso Internacional Proyecto Democracia celebrado en la ciudad de Victoria de Durango, en México. En esa ocasión pudieron comprobar, además de la gran coincidencia de puntos de vista sobre los problemas que aquejan a las democracias y sus posibles soluciones, la importancia que tiene realizar encuentros temáticos muy plurales y estudios destinados a pensar cómo restituirla.

"Las democracias enfermaron, les comenzó a faltar el oxígeno social, su reproducción anaeróbica generó tumores populistas y amenaza de metástasis. Vista como quimioterapia, la pospandemia puede ser el principio del comienzo o el comienzo del fin".



JOSÉ ALBERTO AGUILAR IÑÁRRITU

Vicepresidente para Norteamérica de la COPPPAL

Miembro Fundador de Save Democracy



LA GOBERNANZA GLOBAL EN TIEMPOS DE PANDEMIA

ROBERTO GARCÍA MORITÁN

“Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda 2030 están en riesgo. El Covid-19 ha agravado y exacerbado las desigualdades existentes. El mundo poscoronavirus requiere adoptar una nueva lógica de gobernanza global. Lo fundamental es mantener el compromiso de todos los Estados y la voluntad política para construir una civilización libre y mejor. El Covid-19, pese a la secuela de dolor, debería ser un aliciente”.

La pandemia y la consecuente crisis sanitaria global han provocado una importante conmoción en la comunidad internacional y puesto en jaque valores universales reconocidos por instrumentos jurídicamente vinculantes de las Naciones Unidas. También han interrumpido una variedad de acciones multilaterales en marcha para lograr una sociedad planetaria más inclusiva, justa, solidaria y sostenible. El secretario general de Naciones Unidas, Antônio Guterres, alertó en la sesión de apertura del Consejo de Derechos Humanos de la ONU 2021 sobre los países que aprovecharon la pandemia para desplegar fuertes respuestas de seguridad para reducir la disidencia política, criminalizar libertades fundamentales en violación a los derechos humanos, silenciar a la opinión pública o, entre otras, suspender o postergar procesos electorales. Incluso destacó que el progreso en igualdad de género ha retrocedido de manera significativa.

El mensaje del secretario general de la ONU debería tomarse en serio. Pone de manifiesto que los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda 2030 están en riesgo. El Covid-19 obligará a reequilibrar esa agenda al haberse agravado y exacerbado las desigualdades existentes. Esta década, que empezó siendo la de la acción de los 17 objetivos del desarrollo sostenible, se ha visto paralizada por la crisis económica y sanitaria. El desplome económico afectó el primero de esos objetivos que consistía en erradicar la pobreza. El crecimiento de la pobreza extrema en el mundo es ya una manifestación alarmante. La ONU denuncia que hay 1300 millones de pobres y la mitad son niños. Más de 900 millones de personas viven con menos de dos dólares al día.

De la misma comunidad internacional depende ahora encarar los problemas de manera colectiva para que sea un repunte hacia el mundo al que aspiramos o alcancemos un punto de no retorno. Una mayor vocación y compromiso de solidaridad internacional es esencial, empezando por las economías más industrializadas. Pese a la pandemia, los objetivos de la Agenda 2030 basados en cinco dimensiones fundamentales (personas, prosperidad, planeta, participación colectiva y paz) siguen siendo una hoja de ruta para enfrentar los desafíos globales en un mundo tan interconectado como el actual. Ese marco de referencia debería orientar el comportamiento internacional.

En este contexto y reforzando la gobernanza global, es necesario mantener un equilibrio entre la protección de la salud, los derechos de las personas, el medio ambiente y el necesario desarrollo económico. También los valores democráticos. Las consecuencias del Covid-19 incluso reafirman y subrayan estos aspectos, demuestran la necesidad de trabajar cooperativamente en un marco multilateral a favor de la Agenda 2030, el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático y la Agenda de Acción de Addis Abeba.

El mundo poscoronavirus requiere adoptar una nueva lógica de gobernanza global. Las urgencias nacionales tras la pandemia no deberían seguir postergando los Objetivos de Desarrollo Sostenible, aunque dicho proceso multilateral avance más lento. Las prioridades nacionales deberían compatibilizarse con los Objetivos Globales. Lo fundamental es mantener el compromiso de todos los Estados y la voluntad política para construir una civilización libre y mejor. El Covid-19, pese a la secuela de dolor, debería ser un aliciente.



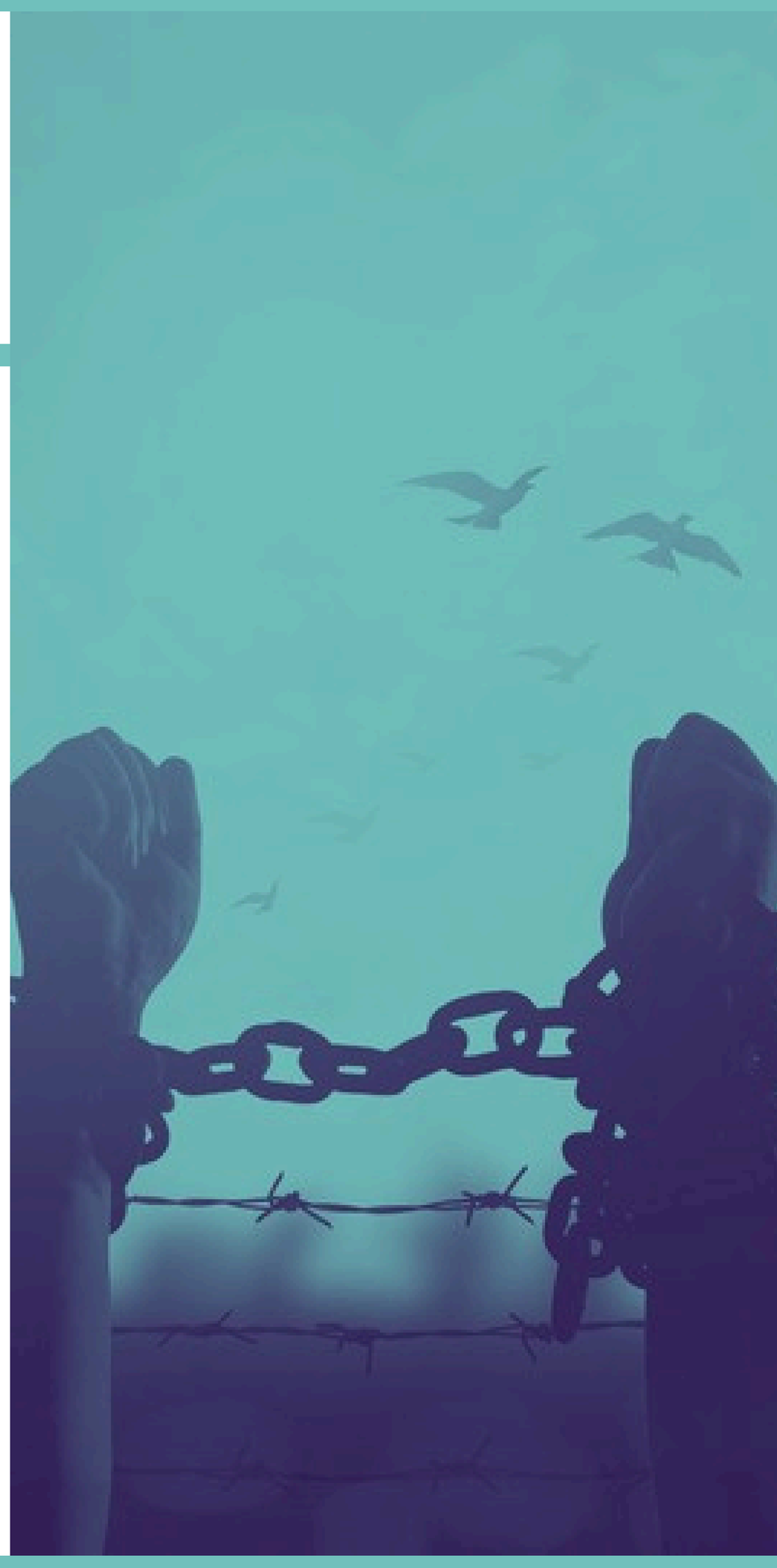
ROBERTO GARCÍA MORITÁN

Diplomático de carrera (Argentina)



LAS PANDEMIAS Y EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

EDGARDO BUSCAGLIA



En el libro de Reid Wilson titulado “Epidemic: Ebola and the Global Scramble to Prevent the Next Killer Outbreak”, claramente se describe la reacción institucional deficitaria de los Estados y de las sociedades civiles ante la destrucción masiva causada por las pandemias pasadas. Desde un punto de vista analítico, es obvio que las pandemias cercenan el acceso de las poblaciones mundiales a bienes y servicios básicos. El derecho a la salud o a la educación son solo dos de los 58 ya definidos como derechos humanos en 14 convenciones de las Naciones Unidas ya firmadas y ratificadas por casi todos los países del planeta.

Específicamente, la Covid-19 ha limitado el acceso de las poblaciones a estos 58 bienes y servicios (o 58 derechos humanos) que, por definición, son necesarios para el progreso y la supervivencia de la humanidad. El impacto sobre el ejercicio de derechos humanos ha sido, hasta ahora, de la misma naturaleza que el ocasionado por la pasada epidemia del Ébola en las regiones afectadas de África. Es decir, un colapso en la atención a la salud, vivienda, educación y trabajo. Ante ello, Estados y sociedades han reaccionado de diferente manera.

En países con sistemas políticos ya autoritarios como Corea del Norte, Rusia o Venezuela, se ha podido observar que la reacción de sus gobiernos ante la pandemia ha tendido a consolidar y a expandir a estas autocracias a través de un mayor y más frecuente ataque a los derechos civiles y políticos de sus respectivas poblaciones. Mientras tanto, en países con democracias maduras como Canadá, Estados Unidos, Italia o Japón, la pandemia ha llevado a la población a poner en duda la calidad de instituciones públicas ya existentes y ha catalizado propuestas de “rejuvenecimiento” de la democracia con Estado de derecho, propuestas que serán evaluadas durante una próxima gran Cumbre de Democracias que será convocada pronto por la administración del presidente Biden.



"Las reacciones de las sociedades, ante este más restrictivo ejercicio de derechos humanos catalizado por la pandemia de Covid-19 y la coordinación internacional de las democracias maduras, determinarán si el rumbo futuro de las democracias incipientes conducirá hacia sistemas políticos demagógicos autoritarios o hacia una consolidación internacional de la democracia con Estado de derecho".

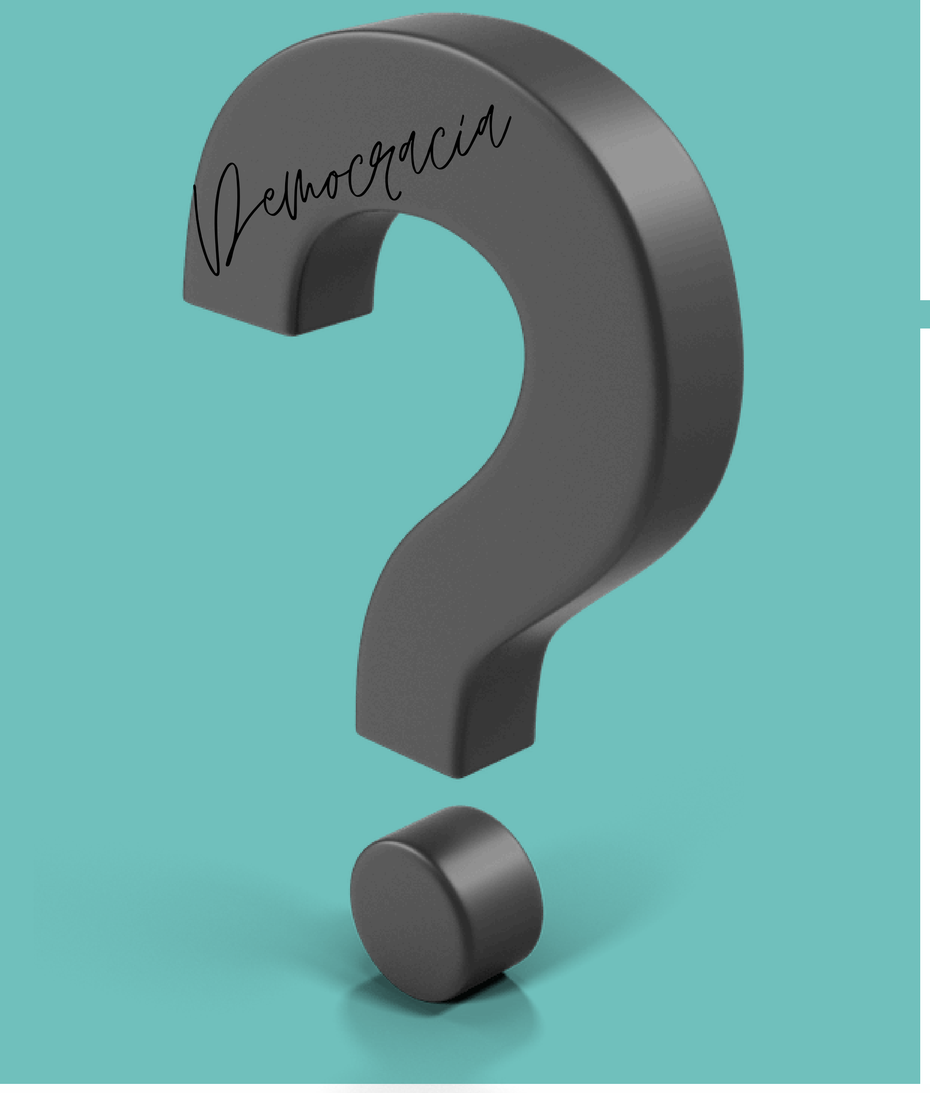
En lo que se refiere a democracias incipientes con instituciones políticas, económicas y sociales débiles como las de Argentina, Indonesia, México, Polonia o Sudáfrica, las reacciones de sus sociedades determinarán si dan marcha atrás hacia demagogias autoritarias o si lograrán fortalecer el rumbo democrático que iniciaron hacia fines del siglo pasado. Las reacciones hasta ahora no han sido muy prometedoras. Ante la emergencia por la Covid-19, poderes ejecutivos de países como Argentina, Indonesia, Sudáfrica y Polonia, desde marzo del año pasado, han venido imponiendo medidas restrictivas extremas a las libertades civiles y políticas con la consecuente concentración de poder, la instauración de medidas poco democráticas a través de decretos de necesidad y urgencia limitando el rol monitor de pesos y contrapesos de sus poderes legislativos. Al mismo tiempo, recursos presupuestarios escasos se han reasignado sin vigilancia auditora al servicio de las élites cercanas a los gobiernos mientras que se han aprobado medidas autoritarias contra la libertad de prensa. Las reacciones de las sociedades, ante este más restrictivo ejercicio de derechos humanos catalizado por la pandemia de Covid-19 y la coordinación internacional de las democracias maduras, determinarán si el rumbo futuro de las democracias incipientes conducirá hacia sistemas políticos demagógicos autoritarios o hacia una consolidación internacional de la democracia con Estado de derecho.



EDGARDO BUSCAGLIA

Escritor, académico, líder de sociedad civil, asesor y filántropo internacional.
Miembro Fundador de Save Democracy





DEMOCRACIAS EN LA ENCRUCIJADA

FABIÁN BOSOER

Con la democracia ocurre un efecto paradojal: las críticas que nos merece su funcionamiento y sus resultados son directamente proporcionales a la valoración que le damos como ideal normativo que organiza nuestra vida en común. Por eso, cuanto más se extiende en el mundo como aspiración y reivindicación, y cuanto más se notan sus insuficiencias, limitaciones, defectos y riesgos, más desciende su calificación como sistema de gobierno realmente existente, y más parece alejarse de sus promesas.

Actualmente, ¿quién se atrevería a dudarlo?, la pandemia del Covid-19 es el mayor desafío que enfrenta la humanidad a escala planetaria. Y lo es también para la democracia, en todo el mundo. ¿Cuánta libertad estamos dispuestos a resignar en condiciones extremas de vulnerabilidad social y sanitaria como las que hoy afectan y atraviesan a todas las sociedades? ¿Cuánta postergación de necesidades básicas están dispuestas las sociedades a soportar para superar la crisis sanitaria sin perder en el camino valores fundamentales, bienes necesarios y propósitos preciados?

El Índice global de Democracia que realiza anualmente la revista británica The Economist muestra los más bajos puntajes promedio, desde que empezó a realizarse este estudio en 2006. La autora del informe, Joan Hoey, habló en una entrevista con la BBC del “enorme retroceso de las libertades individuales” y del “mayor desafío jamás emprendido por los gobiernos en tiempos de paz, y quizá aún en tiempos de guerra”.

El informe de The Economist clasifica a 167 países entre “democracias plenas” (entre 8 y 10 puntos), “democracias imperfectas” (entre 6 y 8), “regímenes híbridos” (entre 4 y 6 puntos) y “regímenes autoritarios” (por debajo de 4 puntos). El puntaje se otorga en función de variables como proceso electoral y pluralismo, funcionamiento del gobierno, participación política, cultura política y libertades civiles. Con el concepto “regímenes híbridos”, establece una zona de transición “gris” que difumina los dos términos clásicos que permiten distinguir entre “regímenes democráticos” y “regímenes autocráticos”. (https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2020/)

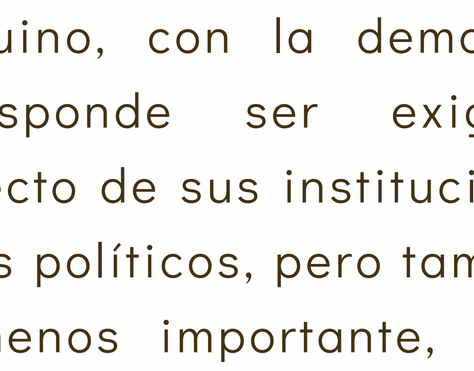
Noruega encabeza el ranking y apenas tres países latinoamericanos clasifican como democracias plenas: Uruguay, Chile y Costa Rica. En el otro extremo se encuentran Nicaragua, Cuba y Venezuela. En América Latina, la democracia registró su quinto año consecutivo de retroceso y también recibió su puntaje más bajo en la historia del Índice (6.09 promedio sobre 10). Argentina se mantuvo en el puesto 48 dentro de la categoría de “democracia imperfecta”, con una leve variación de su puntaje total de 7.02 en 2019 a 6.95 en 2020.

Este y otros estudios y mediciones son motivo de análisis, debate y controversia; pero, de uno u otro modo, permiten concluir que ambas cosas son ciertas: nunca hubo tanta democracia en el mundo, como ideal por el cual las sociedades están dispuestas a movilizarse y pelear. Y nunca la democracia se vio tan jaqueada por desafíos que requieren respuestas para las que no están/no estamos todavía preparados. Esa distancia entre la “democracia descriptiva” y la “democracia prescriptiva” es un fenómeno global que trasciende fronteras, culturas e ideologías y niveles de desarrollo. El ideal persiste, resiste e impulsa. La realidad lo pone a prueba y marca sus límites y condiciones.

Como señala Gianfranco Pasquino, con la democracia corresponde ser exigentes: respecto de sus instituciones y de los políticos, pero también y no menos importante, de los ciudadanos. Porque pueden existir todos los canales posibles para expresar el voto, para obtener representación, para garantizar la accountability (responsabilidad de los gobernantes), pero si los ciudadanos no se interesan por la política, no se informan sobre temáticas políticas, no participan con el voto y el compromiso activo, entonces la democracia decae, se vacía, implosiona... Lo hemos visto últimamente tanto en Washington como en Moscú, tanto en Quito como en Puerto Príncipe o Bamako, tanto en Hong Kong como en Santiago o Buenos Aires.

"La pandemia del Covid-19 es el mayor desafío que enfrenta la humanidad a escala planetaria. Y lo es también para la democracia, en todo el mundo".

"Como señala Gianfranco Pasquino, con la democracia corresponde ser exigentes: respecto de sus instituciones y de los políticos, pero también y no menos importante, de los ciudadanos".



FABIÁN BOSOER

Politólogo y periodista (Argentina)
Editor jefe de la sección Opinión
del diario Clarín

EMERGENCIA EDUCATIVA MUNDIAL

MARCELA JIMÉNEZ AVENDAÑO

Según estudios elaborados por el Banco Mundial, la OCDE, la Unesco y la Unicef, alrededor de una tercera parte de los niños y jóvenes del mundo en edad escolar no tuvieron acceso, por meses, a ningún tipo de educación debido a los cierres de las instalaciones educativas derivados de la pandemia por Covid-19 en la que el mundo lleva inmerso más de un año. Al día de hoy, la mitad de los países han reabierto sus escuelas; sin embargo, las dos terceras partes de los centros educativos que aún permanecen cerrados se encuentran en América Latina.

De acuerdo con las dos agencias pertenecientes a las Naciones Unidas (Unesco y Unicef), el 90% de la población estudiantil, algo así como 1600 millones de estudiantes, se vio afectada; de ellos, el 72% pertenece a segmentos que presentan altos niveles de pobreza y marginación. Actualmente, casi el 10% de los estudiantes del mundo siguen sin recibir ningún tipo de enseñanza y se estima que, en su gran mayoría, no regresarán a las aulas.

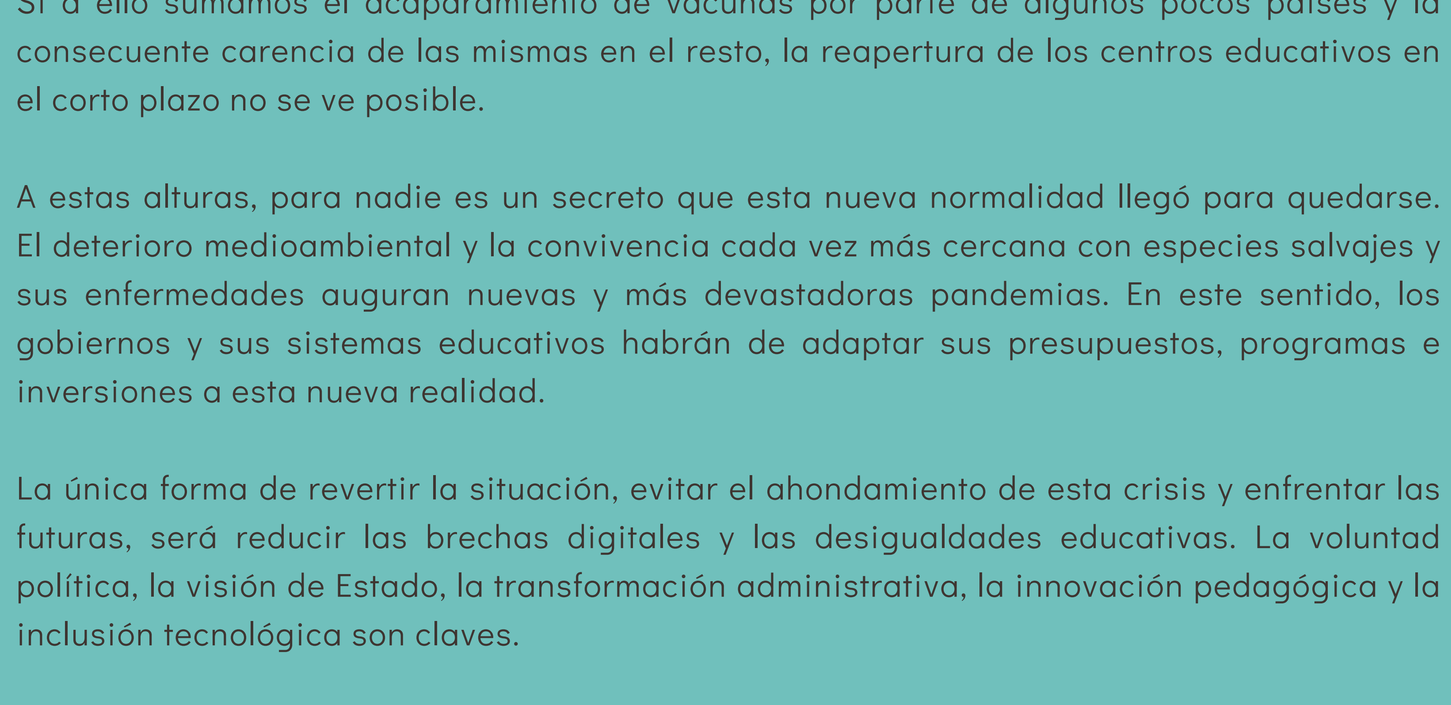
Estas alarmantes y devastadoras cifras afectarán, sin lugar a duda, durante las próximas décadas a la población más vulnerable, acentuando las desigualdades, mermando su futura calidad de vida y sus posibilidades de desarrollo. De hecho, se calcula que las pérdidas en capital humano, productividad e ingresos de por vida para esta generación rondarán los 10 billones de dólares.

El Covid-19 ha expuesto las fallas estructurales preexistentes de los Estados en materia de otorgamiento de los servicios y derechos más básicos, educación y salud entre ellos. Las limitaciones tecnológicas y técnicas en la gran mayoría de los países derivaron en una pobre accesibilidad al aprendizaje remoto. A un año, varios gobiernos mantienen su decisión de impedir el regreso a las aulas sin haber dotado a los colegios, maestros y alumnos de los insumos y la preparación necesarios para garantizar el acceso a la educación de calidad a distancia. De igual forma, tampoco se vislumbra un incremento significativo en los presupuestos nacionales destinados a la educación en esta crisis; o la elaboración y aplicación de programas de enseñanza-aprendizaje innovadores a ser aplicados ahora y una vez que se reabran los colegios para compensar los retrasos académicos, las lagunas y la deserción escolar que hoy día genera alarmas.

Si a ello sumamos el acaparamiento de vacunas por parte de algunos pocos países y la consecuente carencia de las mismas en el resto, la reapertura de los centros educativos en el corto plazo no se ve posible.

A estas alturas, para nadie es un secreto que esta nueva normalidad llegó para quedarse. El deterioro medioambiental y la convivencia cada vez más cercana con especies salvajes y sus enfermedades auguran nuevas y más devastadoras pandemias. En este sentido, los gobiernos y sus sistemas educativos habrán de adaptar sus presupuestos, programas e inversiones a esta nueva realidad.

La única forma de revertir la situación, evitar el ahondamiento de esta crisis y enfrentar las futuras, será reducir las brechas digitales y las desigualdades educativas. La voluntad política, la visión de Estado, la transformación administrativa, la innovación pedagógica y la inclusión tecnológica son claves.







MARCELA JIMÉNEZ AVENDAÑO

Comunicadora, consultora.
Miembro Fundadora de Save Democracy

ALERTAS SD

MAYO DE 2021

04 04 04 04

ALERTAS SD

Publicación mensual

Las opiniones aquí expresadas reflejan
el espíritu y convicción de la
Organización Save Democracy

https://savedemocracyal.org/

AlertasSD@savedemocracyal.org

@SaveDemocracyAL

@SaveDemocracyAL